

Nuestros rascacielos relativos

Miguel Ángel Baldellou
(texto y fotografías)

Fue en 1927, cuando en España se “inventó” lo jondo y nació publicamente una generación literaria deslumbrante. También aparecieron, según señaló Carlos Flores en su día, las primeras obras de arquitectura “racionalista”: el Rincón de Goya en Zaragoza, la casa para el marqués de Villora y la Gasolinera “Porto Pi”, en Madrid. Mercadal, Bergamín y Fdz. Shaw, escribían la historia mayor de nuestra arquitectura.

Pero al mismo tiempo, ese año, firmaba Ignacio de Cárdenas el primer “rascacielos” español, el de Telefónica, en la Gran Vía madrileña. Para la historia de las ideas, este acontecimiento resulta de menor importancia. Para la historia “real”, para la memoria visual e incluso la social y económica su construcción fué, sin embargo, un hecho memorable. Toda la confusión lingüística que supuso su diseño, reflejo de la disputa entre modernos y castizos que por entonces aún se mantenía, quedó apagada por su tamaño, su altura, su capacidad referencial.

Con él se inició la pequeña historia de nuestros pequeños rascacielos. Ya por entonces resultaba evidente que a un nuevo tipo debía responder una forma distinta, una mentalidad diferente. Su capacidad generadora de ciudad, distinguía su uso como hito o referencia, rematando una perspectiva o articulando un espacio, lo que evidentemente no resolvía el edificio de Cárdenas por su posición intermedia en una calle en pendiente, o como elemento a repetir configurando un barrio o una ciudad de rascacielos. En cualquiera de ambos casos extremos, parecía obligar también al tratamiento del entorno inmediato de la pieza como “marco” de su estatura.

La comparación con la ciudad “americana”, reencarnación moderna de la de torres y de agujas medieval, resultó inevitable referencia generacional. Entre nosotros, además, sirvió para combatir un complejo de inferioridad. Para “igualarnos” a los demás al menos en eso. Para parecer modernos, tener un “rascacielos”, aunque fuese relativo, pasó a ser un objetivo común de “ciudadanos” y ciudades. Símbolo “incostetable” de tantas frustraciones, su construcción fué aprovechada por todo tipo de especuladores y su proyecto, convertido en “oscuro objeto de deseo”, anhelado por todos los arquitectos sin distinción de condiciones.

Venir a Madrid a “ver” la Telefónica, afición de posguerra, fue perdiendo protagonismo con el tiempo sustituida por otros objetivos, pero ya incapaces de provocar aquella emoción primeriza, aquel deslumbramiento.

Se fueron sucediendo sucesores, mejorando la imagen, el perfil, el ramate. Algunos de nuestros mejores arquitectos, señalaron el plano de la ciudad con torres excelentes. La plaza de España remató la Gran Vía y subrayó su simbolismo con una “Torre de Madrid” y un “edificio España” en las que se depuró el discurso formal. Se recuperó el aspecto polémico de la relación urbana en la Torre de Valencia, frente a la calma de la Torre del Retiro. Carvajal hubo de sufrir las consecuencias de una ordenanza y un emplazamiento contradictorios mientras a Gutiérrez Soto le resultó favorable la densidad del entorno a la que se acopló con maestría.

Finalmente el despegue económico favoreció la construcción



de “Rascacielos” agrupados en torno al eje de la Castellana, en competencia figurativa. Corrales y Molezún, propusieron la imagen más sugestiva frente a la elocuencia retórica de Gutiérrez Soto. Piezas de Lahoz, de Lamela, de Acha, fueron completando un nuevo frente, quebrado magistralmente por Carvajal en Castelar con la Adriática, tan mal acompañada en esa plaza. El hito final de la Plaza de Castilla, cierre de un eje y supuesta “Puerta de Europa”, presunta formalizadora de su espacio intermedio, no llega, sin embargo a resultar inquietante.

Aparte de todos los demás, como casi siempre, Oiza. Primero su drama de “Torres Blancas”. Allí cristalizó en hormigón toda la carga formalizadora de una época tensa. Escenificó la contradicción de la planta libre y torturada al tiempo. Del verde imposible suspendido y herido de polución química y sonora. Edificio formalmente corroído con antelación a la abrasión del ambiente. Poderosa y oscura representación del rascacielos imposible, limitada su expansión formal por herrajes de censuras latentes.

Algo de todo ello, y un volumen “imponente”, concretó más tarde en el edificio del Banco de Bilbao en Azca, hoy BBVA, quizás, como dijo García de Paredes hace años, el mejor rascacielos de Nueva York. O, al menos, uno de los buenos. Aun rodeado de edificios más altos, en el “nodo” de Azca, destaca sobre los demás por su justeza. Sus recursos formales son suficientes, ni escasos ni excesivos, para poner en evidencia una vez más que la belleza surge siempre del interior.

En esta lucha por destacar, por construir la torre memorable, escrita con letra pequeña en general, se constata, una vez más, que los nuestros son rascacielos relativos. Como nuestras posibilidades. En el transcurso de esta historia se quedaron a veces propuestas sorprendentes. A mí me resultan especialmente queridas, como ya he dicho en algunas ocasiones, tres propuestas. Dos de Soto, los proyectos de Bankunión y Aviaco, episodios ejemplares de un proceso de elevación mística hacia la desmaterialización del prisma, de corte minimal y expresionista, y uno de Bonet, en sus antípodas, expresión fantasmal de la materia tallada, “como un tótem” dije, que hubiese centrado el eje de la Castellana en la Plaza de Castilla como si fuese un altar a la forma esculpida. No fueron. No fué posible.

Las recientes propuestas verticales de Campo o de Carvajal para Telefónica, dispuesta ahora, a finales de siglo, a superar su pasado, tampoco se harán.

De momento, nuestras torres seguirán siendo relativas. ■

